



TOLEDO

Revista semanal de Arte.

Oficinas: Núñez de Arce, 12.

ARTE E HISTORIA

No es atentar a la libertad personal, a la libre ejercitación de sus derechos, el no tolerar que en Toledo se realicen reformas que le deterioren y le hagan perder sus encantos, que son su vida material y moral.

Bien está, perfectamente, que un señor que dueño de su casa quiera vivirla como le acomode, la arregle a su gusto, mas por el interior que es donde ha de vivirla, que es lo que él va disfrutar, pero por la parte externa, por aquello que aun siendo suyo lo disfrutaban todos y con exponer su gusto perjudica al Toledo, no; eso no puede ser.

Toledo está sobre ellos y sobre todo, debe haber una ley que lo prohíba, debe haber hombres que no lo toleren. Eso nunca.

UN ABSURDO MÁS

Es incomprensible — aunque nuestro Municipio hace eso y más — pero ya está hecho, y contra esa disposición va nuestra protesta.

Hasta tanto no puede llegar, señores, lo absurdo; somos toledanos, y aunque deficientes, lo somos.

Con razón protesta nuestro colega *El Castellano*, y dice bien el Sr. Gómez Camarero, nos unimos a su protesta, y en su consecuencia reproducimos el artículo de este señor después del cual, en el mismo número, publica una carta del Sr. García Gamero aclarando que no se instalará el mirador en la plaza de Santo Domingo, sino en la calle contigua.

No estamos, y no podemos estar conformes, hay que deshacer este error del señor García Gamero, esperamos una obra artística, que no aniquile aquellos callejones, que son dignos de la veneración de todos, aunque no tienen la de sus concejales, siempre toledanos y defensores de sus intereses.

He aquí el artículo a que hacemos mención:

«No puede ser. No será.»

Permítasenos que humildemente llevemos en este caso la voz de los poetas y de los artistas, de los que sueñan y de los que estudian....

Aquella prosaica mano que maldecía el gran poeta romántico osa entrar en el rincón toledano más predilecto de los espíritus exquisitos; cabalmente en el mismo lugar para cuya entrada demandaba Bécquer ese rótulo sentimental, que no ya en aquel sitio ni en las puertas de Toledo,

sino en el corazón de todos los toledanos debiera estar grabado.

Había ya esa mano, después de recorrer, devastadora, casi toda la ciudad, llegado hasta bien cerca de la plaza de Santo Domingo. Cubrió en parte de cal la clámide del cobertizo y le arrancó un haraposito lienzo que acentuaba su carácter. Y en uno de los callejones que afluyen a la plaza revocó también, con imitaciones de sillarejo, la espléndida fábrica de mampostería de uno de sus altos paredones.

Pero la lápida con el nombre de Bécquer, que un año há pusieron amorosamente en la plaza sus devotos, parecía garantizar que en adelante habría de detenerse a la entrada la profanadora mano.

Craso error de los que a ratos confiamos en el prevalecimiento del buen sentido. Ahora es un feísimo armatoste de madera lo que va a alterar la estética de aquel hermoso rincón, asilo del romanticismo. Después será otra heregía.... Luego otra....

Poco tiempo más, y los poetas y los artistas, los que sueñan y los que estudian, no podremos cualquier noche ir, sin otra compañía que la luna, a esos silentes y misteriosos lugares, que, más que rincones de una ciudad dormida, semejan galerías de catacumba, para vivir, mejor que rememorar la epopoya gloriosísima de la España omnipotente, operada en gran parte por los hombres y en los muros toledanos; para saludar a los personajes que sobreviven en los lienzos inmortales de Teotocópuli, en las maravillosas esculturas de Berruguete y en los áureos romances y novelas de nuestros clásicos; para oír la voz de los legisladores de los Concilios, el trajín de las prepotentes manufacturas y el chocar de las gloriosamente vencidas espadas comuneras; para departir, finalmente, con la sombra del excelso Garcilaso, cuyas églogas murmuran las aguas

de nuestro río, y platicar con la del dulcísimo poeta de las rimas, cuyo espíritu de seguro anida, dentro de alguno de los deleitosos patios cercanos, en el hueco abierto por el pico de las golondrinas éntre unos canes moriscos abrazados por enredaderas de campanillas azules....

Es decir, no podremos acudir a escuchar el imperativo de ese pueblo de muertos que, en frase de Gustavo Le Bon, forzosamente nos dictan su conducta desde el seno de su polvo, y justificando los motivos de nuestras acciones, nos hacen esclavos del pasado, y a la vez, señores, del porvenir. Ni, consiguientemente, aprenderemos, ahondando en los recuerdos que allí laten, cómo el moderno Derecho público puede sacar de ellos sabios ordenamientos regeneradores de la salud nacional; la actividad industrial, fórmulas de mejoramiento y de progreso, basadas en aquellas admirables organizaciones gremiales; aun la democracia de nuestros tiempos, jugo, efectividad y consistencia, tomados de esa pretérita democracia que nació a las puertas de la catedral toledana; el patriotismo, sobre todo, la fe y el entusiasmo, que son el resorte de toda nuestra Historia, el secreto de nuestra fenecida preponderancia, las alas que llevaron en triunfo la corona de España hasta Oceanía....

¿Tan concejal es ya el desatino que ninguno de estos recuerdos eleva el espíritu ni conmueve el alma de nuestros munícipes antes de dar su asenso a tamaños desaguisados? Apena, más que indigna, la indiferencia, cuando no la hostilidad, con que en el Concejo se tratan estas cosas, tan importantes, pese al vulgo zafio o ilustrado, para el interés vital de Toledo.

En la sesión municipal de anteanoche, donde hirieron nuestros oídos las absurdas e inconcebibles teorías de cierto concejal,